

BREVE HISTORIA de los...

INDIOS NORTEAMERICANOS

Gregorio Doval

La vida, los ritos y la organización tribal de los míticos "pieles rojas": Los Sioux, los Arapajoes, los Cheyenes, los Cheroquis... Desde la batalla de Little Big Horn, el liderazgo de los grandes jefes como Cochise, Gerónimo, Toro Sentado, hasta la masacre de Wounded Knee.

BREVE HISTORIA DE LOS INDIOS NORTEAMERICANOS

BREVE HISTORIA DE LOS INDIOS NORTEAMERICANOS

Gregorio Doval



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve Historia de los indios norteamericanos

Autor: © Gregorio Doval

Copyright de la presente edición: © 2009 Ediciones Nowtilus, S.L. Doña Juana I
de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez

Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Universo Cultura y Ocio

Diseño del interior de la colección: JLTV

Maquetación: Claudia Rueda Ceppi

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-586-8

Libro electrónico: primera edición

ÍNDICE

Capítulo 1:

EL INDIO NORTEAMERICANO

LOS PRIMEROS NORTEAMERICANOS

UN MOSAICO ÉTNICO Y CULTURAL

LA VIDA COTIDIANA DE LOS INDIOS

CREENCIAS Y CULTURA INDIAS

Capítulo 2:

LA LLEGADA DEL HOMBRE BLANCO

LOS PRIMEROS CONTACTOS

 Primeros visitantes conocidos: los vikingos

 España y las demás potencias coloniales toman
 posiciones

 El comienzo de la hegemonía británica

 La formación del imperio colonial francés

DE LA CURIOSIDAD Y LA ARMONÍA AL CONFLICTO

Capítulo 3:

LAS GUERRAS COLONIALES

MUCHOS CONFLICTOS Y ALGUNAS GUERRAS

 La historia de Rebecca Rolfe, más conocida como
 Pocahontas

 El jefe Hiawatha y la Liga de los Iroqueses

LA RIVALIDAD COLONIAL FRANCO-BRITÁNICA

ESPAÑA Y NORTEAMÉRICA EN EL SIGLO XVIII

LOS INDIOS, PEONES EN UN JUEGO ESTRATÉGICO

Capítulo 4:

EL CONFLICTO INDIO EN EL MEDIO OESTE

LOS INDIOS Y LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESTADOUNIDENSE

Joseph Brant, un iroqués educado a la inglesa

DOS INTENTOS DE SUPERVIVENCIA INDIA

El sueño de Tecumseh

Sequoyah y el intento de integración cheroqui

LA ERA DE LOS TRASLADOS FORZOSOS

La Guerra de Halcón Negro

Osceola y las Guerras Seminolas

El Sendero de Lágrimas cheroqui

Capítulo 5:

EL CONFLICTO INDIO LLEGA AL OESTE

LA VERTIGINOSA EXPANSIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS

LA SOLUCIÓN AL PROBLEMA INDIO

La maldición de Tecumseh

GUERRAS EN LA COSTA OESTE, MESETA Y GRAN CUENCA

El jefe Joseph y los nez percés

Washakie y los indios de la Gran Cuenca

El Capitán Jack y los modocs

Capítulo 6:

LAS “GUERRAS INDIAS”

LA GUERRA LLEGA A LAS PRADERAS

GUERRAS EN EL SUDOESTE

La Larga Marcha de los navajos

La guerra llega a Texas

Quanah Parker, el último jefe comanche

El jefe Satanta y el destino de los kiowas

Las guerrillas apaches de Mangas Coloradas y Cochise

Lozen, la mejor guerrera chiricahua

GUERRAS EN LAS GRANDES LLANURAS

La masacre de Sand Creek

El Tratado de Medicine Lodge

La Guerra de Nube Roja

Matanza de pies negros en el río Marías

Capítulo 7:

DE LITTLE BIG HORN A WOUNDED KNEE

LA FASE FINAL DE LA RESISTENCIA SIUX

La Guerra de las Colinas Negras

La batalla de Little Big Horn

Los errores de Custer

Una amarga victoria india

Caballo Loco, un genio militar indio

LOS ÚLTIMOS REBELDES

El liderazgo de Toro Sentado

Gerónimo, el último apache renegado

Wovoka y la Danza de los Espíritus

La Masacre de Wounded Knee

Capítulo 8:

PRESENTE Y FUTURO

¿GENOCIDIO INDIO?

El exterminio estratégico de los búfalos

Intento de asesinato de una cultura

EL SISTEMA DE RESERVAS Y EL SIGLO XX

LA SITUACIÓN ACTUAL

UN EPITAFIO Y UN RECORDATORIO

Bibliografía

1

EL INDIO NORTEAMERICANO

Para nosotros, las grandes llanuras abiertas, las hermosas colinas onduladas y los ríos serpenteantes y de curso enmarañado, no eran salvajes. Solo para el hombre blanco era salvaje la naturaleza, y solo para él estaba la tierra infestada de animales salvajes y gentes bárbaras. Para nosotros era dócil. La tierra era generosa y estábamos rodeados de las bendiciones del Gran Misterio. Para nosotros no fue salvaje hasta que llegó el hombre velludo del este y, con brutal frenesí, amontonó injusticias sobre nosotros y las familias que amábamos. Cuando los mismos animales del bosque empezaron a huir de su proximidad, entonces empezó para nosotros el Salvaje Oeste.

Hinmaton Yalaktit (1840-1904),
Jefe Joseph, de la banda wallowa de los nez percés (1879).

LOS PRIMEROS NORTEAMERICANOS

Antes de la llegada del hombre blanco, un heterogéneo conglomerado de más de 500 pueblos distintos habitaba Norteamérica. Todos ellos estaban emparentados entre sí por lazos ancestrales que, en la mayoría de los casos, yacían soterrados desde hacía tanto tiempo en el pasado olvidado y remoto que una tribu apenas veía en otra algo más que una potencial competidora. Esa poliédrica civilización se extendía de océano a océano, rica y, a la vez, diversa en formas y estilos de vida, en culturas, creencias y

tradiciones. En ninguno de los casos, la vida era fácil o idílica. Todas aquellas tribus luchaban, cada cual a su modo, contra la naturaleza, sus caprichos y sus estaciones climáticas, contra los animales y, frecuentemente, unos contra otros. Luchaban, a veces encarnizadamente, pero, salvo contadísimas ocasiones, no se destruían unas a otras. Para eso tuvo que llegar el hombre blanco y sus codicias.

Unos, nómadas, cazaban y buscaban forraje, y desarrollaron sociedades belicosas de grandes guerreros. Otros, ya asentados, se dedicaban a la agricultura y construían montículos para sus dioses y sus difuntos. Unos y otros vivían en cuevas, chozas, tipis, cabañas de madera e, incluso, en estructuras de bloques de hielo, armaban embarcaciones, se interrelacionaban y desarrollaban culturas más sofisticadas de lo que se suele creer, aunque no tanto como en otras partes del continente.

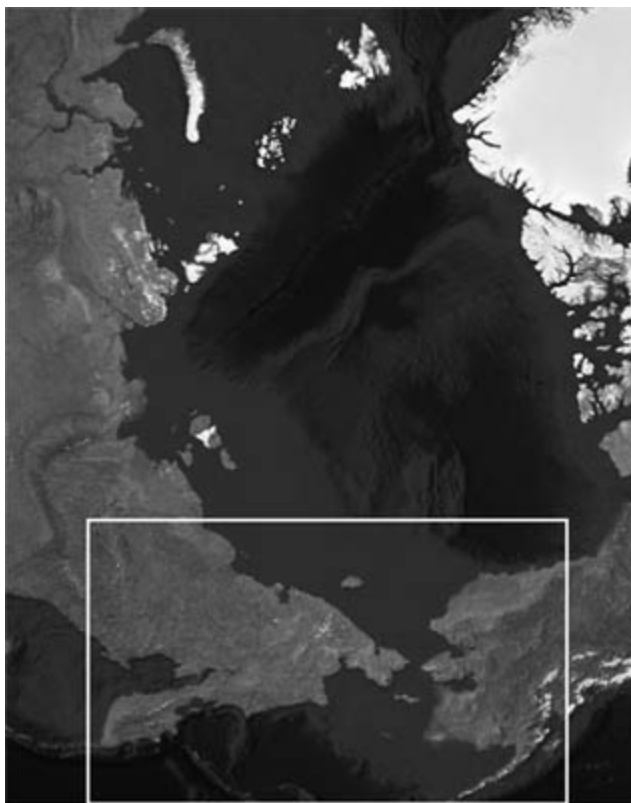
Durante muchos años, se pensó que su llegada había ocurrido una única vez en la historia y que ello habría acontecido durante la última glaciación, hace aproximadamente unos 12.000 años. Pero eso no explica los restos de asentamientos humanos anteriores a esa fecha que se han encontrado en distintas partes de América, sobre todo en Sudamérica. No es probable que los yacimientos más antiguos del norte estén aún por descubrir. Como, además, algunos estudios han detectado diferencias genéticas entre los paleoindios sudamericanos y norteamericanos, algunos investigadores creen en un poblamiento autónomo de Sudamérica, no directamente relacionado con el de Norteamérica. Otras teorías, menos sustentadas, hablan de pueblos polinesios atravesando el océano Pacífico, o de aborígenes australianos entrando por la Antártida o, incluso, de incursiones europeas a través de las aguas circunstancialmente semiheladas del Atlántico... Hoy lo que parece más probable es que el poblamiento americano se realizara en varias oleadas sucesivas y por grupos humanos diferentes.

Sea como fuere, el poblamiento humano de América es una cuestión arduamente discutida por los científicos modernos, pero también lo fue por los antiguos. Desde 1492 se intentaron buscar explicaciones para el origen de esos seres con los que los europeos blancos se iban encontrando en sus exploraciones por América. Las primeras tesis fueron, cómo no, de índole religiosa: los pobladores de América eran, ni más ni menos, que los descendientes de las bíblicas Tribus Perdidas de Israel.

De momento, lo plenamente probado es que durante la última glaciación, la concentración de hielo en inmensas placas continentales hizo descender el nivel de los océanos. Este descenso hizo que en varios puntos del planeta se crearan conexiones terrestres entre regiones previa y posteriormente aisladas, como, por ejemplo, Australia y Tasmania con Nueva Guinea; Filipinas e Indonesia; Japón y Corea, y, por lo que aquí más nos interesa, entre los extremos septentrionales de Asia y América. Debido a que el estrecho de Bering, que separa ambos continentes, tiene una profundidad que oscila entre 30 y 50 metros, el descenso de las aguas dejó al descubierto un amplio puente de tierra, conocido por los prehistoriadores como Puente de Beringia, de 1.500 kilómetros de anchura, que unió las tierras de Siberia y Alaska hace aproximadamente 40.000 años y que permitió el tránsito de seres humanos entre uno y otro continente durante, al menos, 19.000 años.

Aquellos emigrantes asiáticos (seguramente siberianos, aunque también pudieron ser mongoles) continuaron camino enseguida hacia el sur, en un larguísimo y lento desplazamiento que, en esta primera etapa, les llevó desde Alaska y Canadá a las estribaciones del enorme y desaparecido glaciar Wisconsin, a lo largo de la vertiente oriental de las montañas Rocosas. Una vez fuera del glaciar, un ala de la migración se separó y se fue hacia el Este; después se subdividió de nuevo. Unos se encaminaron hacia los exuberantes bosques del Nordeste, mientras que

los otros se dirigían hacia el Sudeste, para establecerse en la vasta región que se extiende entre la ribera oriental del río Mississippi y la península de Florida. Mientras tanto, la rama principal del éxodo continuó camino hacia el sur, dejando atrás colonias en las Grandes Llanuras, a ambos lados de las montañas Rocosas, en la Meseta y en la Gran Cuenca. Cuando la ola principal llegó a lo que hoy es Texas, todavía se desgajaron nuevos grupos, que se dirigieron hacia el Oeste, para establecerse en los desiertos del Sudoeste o avanzar hasta el sur de California. Con el tiempo, cruzaron también el río Grande y continuaron, a paso histórico, su marcha civilizadora hacia el sur.



Según todos los indicios, los primeros norteamericanos llegaron de Asia. Durante la última glaciación, la concentración de hielo en inmensas placas continentales hizo descender el nivel de los océanos, lo que dejó al descubierto un amplio puente de tierra, conocido como Puente de Beringia, de 1.500 kilómetros de anchura, que

unió las tierras de Siberia y Alaska hace aproximadamente 40.000 años y que permitió el tránsito de seres humanos entre uno y otro continente durante, al menos, 19.000 años.

UN MOSAICO ÉTNICO-CULTURAL

Mucho antes de la llegada de los europeos, los nativos norteamericanos desarrollaron ricas y variadas culturas, tan diversas como las de cualquier otro continente. Cada grupo adoptó su propio estilo de vida acomodado a los recursos y a las demandas de su medio ambiente. Por ejemplo, cada uno desarrolló solo las herramientas, utensilios y armas más idóneos para sus trabajos agrícolas o sus esfuerzos cinegéticos. Cada cual construyó sus viviendas con los materiales asequibles en su zona y eligió diseños lo más adecuados posible a los requerimientos del clima en que vivían. Cada cultura tenía, por supuesto, su propio lenguaje, su propio estilo artístico, sus propias tradiciones orales, sus propias creencias y su propia organización sociopolítica. Dada esa tremenda diversidad, es muy difícil generalizar acerca de estos nativos norteamericanos. Cada cultura tenía su propia identidad y, aunque muchas estaban relacionadas entre sí, no había dos exactamente iguales. No obstante, sí es posible hallar algunos rasgos comunes. Por ejemplo, su profunda relación, casi simbiótica, con la naturaleza; sus fuertes ligazones con la tierra que pisaban; la percepción de una interrelación profunda entre lo natural y lo supranatural, como un todo indivisible, así como entre la espiritualidad y la salud; la concepción de la expresión artística como una actividad más de la vida cotidiana, sin sublimarla ni abstraerla; y un reforzado sistema de tradición oral que daba cohesión y raíces al grupo.

En todo caso, aunque algunas de estas culturas alcanzaron un respetable grado de desarrollo, jamás constituyeron civilizaciones tan brillantes como las del otro

lado del río Grande. No poseían sistema alguno de escritura ni se organizaron en estados. La ganadería tampoco estaba muy desarrollada y ninguna de sus ciudades rozó siquiera el esplendor de las mayas, aztecas o incas.

A efectos de análisis, se suelen distinguir diez áreas culturales nativas norteamericanas: Ártico, Subártico, Bosques del Nordeste, Sudeste, Sudoeste, California, Costa Noroeste del Pacífico, Meseta, Gran Cuenca y Llanuras Centrales.

En las gélidas tierras de las zonas subártica y ártica, la agricultura se hace imposible ya que los veranos son muy cortos y la supervivencia está necesariamente ligada a la caza (renos, alces y focas) y a la pesca (en las zonas más árticas, incluso de ballenas). Sus pobladores indígenas pertenecían a tribus nómadas (dados los pocos recursos, muy reducidos) que vivían en casas circulares redondas construidas por debajo del nivel del suelo, recubiertas de piel y hierba, en la zona oeste, y en tiendas con estructuras de madera y huesos de ballena y recubrimientos de pieles, conocidas como wigwams, en el este, además de las de bloques de hielo o iglús, del extremo norte.

La zona ártica se habitó después del 2000 a.C., tras el deshielo, y sus tribus idearon ingeniosas formas de supervivencia. En Alaska, los esquimales (inuit) y los yupiks desarrollaron una ingeniosa tecnología para afrontar la dureza del clima y la escasez de recursos. Hacia el año 1000 varios grupos de esquimales de Alaska emigraron a través de Canadá hacia Groenlandia e instauraron allí una nueva cultura, conocida como cultura thule, que absorbió a la precedente, conocida como cultura dorset. Debido a esta migración, las culturas y lenguas inuits tradicionales presentan grandes analogías desde Alaska hasta Groenlandia. Los yupiks, por su parte, viven en el sudoeste de Alaska y en el extremo oriental de Siberia, y están emparentados con los inuits en cuanto a cultura y

antepasados, pero su lengua es diferente. Parientes remotos de ambos son los aleutianos, que desde el 6000 a. C. están asentados en las islas Aleutianas, dedicados a la pesca y caza de mamíferos marinos.

La región subártica es una inmensa región geológica que traza un amplio arco en torno a la bahía de Hudson, extendiéndose desde la costa ártica al norte del Gran Lago del Oso y al sur de Alaska, en los Territorios del Noroeste, hasta la península de Labrador y el norte de Québec. En Estados Unidos abarca el norte de los estados de Minesota, Wisconsin y Michigan, así como los montes Adirondack en el noreste de Nueva York. En sus aproximadamente 5.000.000 km² habitaron las naciones y tribus indígenas de la llamada cultura del caribú, basada en la caza y el aprovechamiento de este reno salvaje canadiense. Eran nómadas, se refugiaban en tiendas o, algunas veces, en la parte occidental, en viviendas circulares semienterradas. Para trasladar sus poblados se servían en verano de canoas y de trineos en invierno. En la región se asentaron tribus de dos grandes familias lingüísticas: al este, los algonquinos (crees, ottawas, naskapis, montagnais, ojibwas...), seminómadas y cazadores, y, en las zonas septentrional y occidental, los athabascos (chipewyan, beaver, kutchin, ingalik, yellowknife, dogrib, kaska...), organizados en grupos muy pequeños, prácticamente núcleos familiares o pequeños clanes. Los establecidos en el área del Pacífico, dedicados a la agricultura y la caza, tras la llegada de los blancos, entraron en conflicto (por el comercio de pieles) con la tribu más meridional de los hurones.

En los bosques del Nordeste, un área formada por las regiones templadas del este de Estados Unidos y Canadá, desde Minesota y Ontario hasta el océano Atlántico, por el este, y Carolina del Norte, por el sur, habitaban poblaciones diseminadas de cazadores, algunos de los cuales utilizaban puntas de flecha Clovis, que desarrollaron

una cultura dependiente del ciervo. Hacia el 7000 a.C., cuando las condiciones climatológicas se hicieron más benévolas, emergió una cultura arcaica, cuyos miembros subsistían, cada vez en mayor medida, a base de carne de ciervo, frutos secos y granos silvestres. Hacia el 3000 a. C., la población de los bosques orientales alcanzó culturalmente unos niveles que no se volvieron a dar hasta después del 1200. Aprendieron el cultivo de la calabaza de los antiguos mexicanos y, en el Medio Oeste, recolectaban semillas salvajes que molían para hacer harina. Enseguida fueron proliferando la pesca y la captura de crustáceos. En el área occidental de los Grandes Lagos se extraía cobre a cielo abierto, con el que se fabricaban cuchillos y diversos adornos, y en toda la región se tallaban pequeñas esculturas en piedras preciosas.

A partir del año 1000 a.C., el clima volvió a enfriarse y comenzaron a escasear los alimentos, lo que provocó una disminución de la población en la parte atlántica de la región. En el Medio Oeste, sin embargo, los pueblos se organizaron en grandes redes comerciales y levantaron grandes túmulos abovedados de uso religioso. Por entonces, se cultivaba ya maíz, pero los indígenas dependían sobre todo de alimentos arcaicos. Los arqueólogos han bautizado a estos pueblos extintos con varios nombres, según su área de influencia y su época. Los adenas, que son los más antiguos, cazaban y recolectaban en el valle del río Ohio desde el siglo XI a. C. Luego vinieron los hopewells, que tomaron el relevo entre los siglos III a. C. y VI de nuestra Era, y que practicaban ya algunas actividades comerciales y agrícolas. Sus herederos, las culturas mississippianas, basadas en la agricultura intensiva del maíz, florecieron en la extensa área de influencia de este gran río entre los años 800 y 1500 de nuestra Era, donde alcanzaron un grado de desarrollo comparable al de la Edad del Cobre europea. Sus pobladores construyeron grandes ciudades con plataformas

de tierra, o túmulos, que alojaban templos y residencias de los gobernantes, destacando especialmente la gran ciudad de Cahokia, la mayor y más próspera de la Norteamérica arcaica, que pudo llegar a albergar hasta 40.000 habitantes y que contaba con centenares de túmulos, el mayor de los cuales alojaba el templo principal, de 30 metros de altura, 49 de anchura y unos 110 de longitud. Durante este periodo, el cultivo del maíz también adquirió gran importancia en la región atlántica, aunque allí no surgieron ciudades.



Los primeros norteamericanos trajeron consigo herramientas de piedra y otros utensilios paleolíticos. Vivían en grupos de aproximadamente cien personas, subsistiendo de la caza de alces y mamuts, y también de la pesca. Curtiendo las pieles de sus presas, fabricaban sus viviendas y sus vestimentas.

Los pueblos indígenas de los Bosques Orientales, herederos de aquellos, abarcan a los de la confederación iroquesa (como mohawks o wyandots), a los de lengua algonquina (delaware, shawnee, mohicanos, ojibwas, fox, shinnecocks, potawatomi e illinois) y a los de la familia lingüística siux (como iowas y winnebagos). Algunos de

ellos emigraron hacia el Oeste durante el siglo XIX; otros permanecen aún en esta región.

El área cultural del Sudeste es una región semitropical situada al norte del golfo de México y al sur del Medio Oeste, que se extiende desde la costa atlántica hacia el oeste hasta encontrarse con Texas. Gran parte de este territorio estuvo formado por bosques de pinos que los indígenas de la región mantenían limpios de maleza, una forma de favorecer y controlar las cabañas de ciervos que los sustentaban. Su clima suave y húmedo permitió medios de supervivencia ligados a la caza y la pesca, en coexistencia con pueblos que encontraron en la agricultura (maíz, calabaza, girasol...), desde tiempo muy remotos (quizás incluso desde el año 3.000 a.C., cuando ya vivía en la región una población relativamente muy numerosa), el factor principal de su existencia, circunstancia más frecuente cuanto más al sur. En el 1400 a. C. se construyó una ciudad, conocida por los arqueólogos como Poverty Point, cerca de la actual Vicksburg, en Mississippi, dominada por una gran plaza central y con enormes túmulos de tierra que hacían las funciones de plataformas para los templos o de enterramientos cubiertos. El maíz fue introducido en la región en torno al 500 a. C. y, aparejado a él, llegó el desarrollo de otras actividades comerciales (cestería, cerámica...), así como un notable incremento demográfico.

En general, los nativos del Sudeste adoptaron un modo de vida sedentario, que les llevó al desarrollo de estructuras sociales extremadamente sofisticadas, tanto en aspectos organizativos, como jerárquicos y religiosos. Las aldeas (algunas verdaderamente populosas comparadas con las del resto de Norteamérica) solían situarse, para facilitar su defensa frente a enemigos potenciales, en atalayas rodeadas de empalizadas, con un foro central, en el que se erguía la Casa del Consejo, verdadero eje político de la vida cotidiana. La gran mayoría de las tribus tuvieron

tiempo suficiente para desarrollar un notable conocimiento médico, sobre todo herbáceo. Al incrementarse el comercio de artículos manufacturados, la población siguió creciendo a gran ritmo hasta producirse los primeros contactos con los europeos, en que todo se interrumpió bruscamente.

Entre los pueblos del Sudeste figuran los cheroqui, choctaw, chickasaw y creek. En la zona correspondiente a lo que es hoy Florida y parte de la franja costera del golfo de México, aparecen grupos propios como: timucua, calusa, tunicu, atakapa, chitimacha, natchez... Estos últimos habían desarrollado una evolucionada cultura de construcción de túmulos, que sería totalmente destruida por los europeos durante el siglo XVIII. Por su parte, los seminolas, que vivían en los Everglades, la zona pantanosa del sur de la península de Florida, de clima particularmente cálido y húmedo, desarrollaron una cultura apropiada a ese hábitat especial. Por ejemplo, construían sus casas, llamadas chickis, sobre plataformas de madera elevadas por encima de la tierra y cubiertas, a su vez, por un tejado inclinado construido con hojas de palmito y sustentado en postes. Para permitir que la brisa circulara, el chicki no tenía paredes, lo que lo hacía especialmente práctico en aquel clima caluroso. En ocasiones, el hábitat pantanoso obligaba a los seminolas a usar ropa inusual para un clima tan caluroso. Por ejemplo, para proteger las piernas de juncias y mosquitos, usaban mallas de piel de ciervo. Para poder desplazarse a lo largo de los arroyos poco profundos, usaban canoas de fondo plano hechas con un tronco de ciprés, que ahuecaban con conchas de mar.

El área cultural del Sudoeste abarca los actuales estados de Arizona, Nuevo México, Utah, Nevada, Texas, la zona meridional de Colorado y la zona septentrional limítrofe de México. En ella, los indígenas se ubicaron cerca de las tierras altas, en montañas y cañones, así como en la parte baja, de tierras áridas. A pesar de ello, la caza proporcionaba alimentos en gran cantidad como venados,

conejos, palomas o codornices, aunque también peligrosos como pumas, lince y serpientes de cascabel. Por otra parte, algunos frutos silvestres constituían una parte muy importante de la dieta de las gentes de esta región, que desarrollaron técnicas de irrigación y localización de pozos. Las abundantes cosechas proporcionaban además excedentes que exportaban, principalmente a México, donde también vendían turquesas. Los primeros habitantes de esta región cazaban mamuts y otros grandes mamíferos hacia el año 9500 a.C. con puntas de flechas y lanzas Clovis; sin embargo, al finalizar los periodos glaciales (hacia el 8000 a.C.), los mamuts desaparecieron. Entonces, comenzaron a cazar búfalos (con puntas Folsom) y dedicaron más tiempo a recolectar plantas silvestres. El clima fue haciéndose más cálido y seco y, entre el año 8000 y el 300 a.C., emergió una nueva forma de vida caracterizada por la caza sobre todo de ciervos y aves y la recolección de frutas, frutos secos y semillas de plantas silvestres, que molían con planchas de piedra para hacer harina. Hacia el 3000 a. C., los habitantes del Sudoeste ya habían aprendido a cultivar el maíz, aunque durante siglos solo fue un componente menor de su alimentación. Así, en esta región, la más árida del subcontinente, pero también la de mayor contacto con las grandes civilizaciones mesoamericanas, se desarrollaron posteriormente las tres grandes culturas arcaicas.

La cultura mogollón, que floreció entre el siglo VI a. C. y el XVI de nuestra Era, surgió en las estribaciones de la Sierra Madre Occidental, en los montes Mogollón de Nuevo México, desde donde se extendió hacia el norte por el territorio de los actuales estados de Arizona y Nuevo México. Los mogollones vivían en viviendas semisubterráneas horadadas en paredes rocosas que facilitaban su defensa ante sus agresivos vecinos cazadores. A lo largo de su amplia historia, esta cultura difusa se adaptó muy bien a un entorno geográfico marcado

por la presencia de bosques de pinos y escarpadas montañas y barrancos. Los mogollones solían enterrar a los muertos en ceremonias en que no faltaban las ofrendas de cerámica y piedras semipreciosas. Puesto que la calidad de las obras materiales de esta cultura es bastante sobresaliente, sus túmulos funerarios fueron muy saqueados en los siglos posteriores. En el siglo XI, coincidiendo con el auge del comercio con Centroamérica, que facilitó el desarrollo de la agricultura y la estratificación social, se produjo un primer *boom* demográfico que, sin embargo, se vio truncado en el siglo XIII. No obstante, se dio un refloreCIMIENTO entre los siglos XIV y XV, en que los asentamientos principales crecieron en población, tamaño y poder. Paquimé, en Chihuahua, fue quizá el mayor de ellos, por lo que, a menudo, esta fase es individualizada como cultura paquimé. Esta ciudad, que dominaba una región en la que abundaban las llamadas “casas acantilado”, construidas en cuevas de difícil acceso de la vertiente oriental de Sierra Madre, sostendría relaciones comerciales con Centroamérica, a la que proveía de minerales preciosos, como turquesas y cinabrio, además de productos provenientes de las costas del golfo de California, especialmente conchas. Finalmente, presionados por otras culturas, su identidad se diluyó.

Por su parte, los pueblos que sostuvieron la cultura hohokam entre el siglo II y mediados del XV, son unos grandes desconocidos. Ocuparon los terrenos desérticos de Arizona y Sonora y parte de Chihuahua surcados por dos grandes corrientes de agua, los ríos Colorado y Gila. Vivían, pues, en uno de los ecosistemas más difíciles para la agricultura y la vida humana, dadas las altas temperaturas y la escasa pluviosidad, que combatían construyendo canales de irrigación y encauzando los ríos Salado y Gila. Gracias a ello, obtenían hasta dos cosechas de maíz al año, aporte alimenticio que complementaban con la caza y la explotación de otros recursos vegetales salvajes, de los que

obtenían harina, miel, licores y madera. Además, mantenían contactos comerciales con Centroamérica, a la que exportaban principalmente turquesas. Vivían en pequeñas aldeas de unos cuantos cientos de personas, compuestas por edificios muy agrupados. La vivienda típica era de planta alargada y semisubterránea (para protegerse del calor) y, en general, no poseía más de una estancia. Para cuando los europeos llegaron a la zona, los núcleos urbanos hohokam ya habían sido abandonados, presumiblemente a causa de un desastre epidémico que arruinó el sistema social nativo.

Hacia el año 700, los pueblos más septentrionales del Sudoeste, también agrícolas (maíz, frijol y calabaza), tras varios siglos de comerciar con los hohokam, modificaron su forma de vida, originando la que se conoce como cultura anasazi. Vivían en poblados de piedra escarpados en paredes rocosas en forma de terrazas, con paredes de bloques de adobe desnudas por el exterior para mejor protección de sus moradores. Su organización social era de tipo comunitario. Los restos arqueológicos demuestran un gran conocimiento de la cerámica, el tejido y la irrigación. Practicaban una religión animista, basada en el culto de unos seres sobrenaturales o espíritus de los antepasados mediante ritos celebrados en cámaras subterráneas circulares llamadas *kivas*. Con el crecimiento demográfico, las viviendas se reagruparon en aldeas que, a partir del siglo X, llegaron a varios centenares de habitantes y que, por regla general, estaban situadas en mesetas, como la del cañón Chaco, o al abrigo de los acantilados rocosos, como en Mesa Verde. La orientación de los pueblos protegía de la lluvia y la nieve en invierno y de los mayores calores del verano, además de ser la más ventajosa como protección natural ante los enemigos. Agricultores sedentarios, al no conocer la metalurgia, utilizaban aperos de labranza de piedra y madera. En cambio, fueron adaptando paulatinamente las técnicas de irrigación provenientes de

México. Construyeron pequeños embalses, canales y depósitos sacando agua de los ríos o reuniendo reservas de agua de lluvia, lo que refleja su funcionamiento comunitario. No obstante, no abandonaron la caza y la recolección practicadas por sus antepasados. Los anasazis dejaron numerosos petroglifos, con dibujos más o menos estilizados, en los acantilados de gres del desierto norteamericano.



Hacia el año 700, los pueblos agrícolas más septentrionales del Sudoeste de Norteamérica originaron la cultura anasazi. Vivían en poblados escarpados en paredes o riscos rocosos, en los que adosaban sus casas aterrazadas, hechas de bloques de adobe, como se aprecia en las ruinas de la foto, en Mesa Verde, Colorado.

A partir de 1275, el área padeció importantes sequías, quedando abandonados muchos poblados anasazi. Los de los márgenes del río Grande, por el contrario, crecieron y expandieron sus sistemas de regadío. En el siglo xv aparecieron en el Sudoeste algunos cazadores nómadas emigrados desde la región subártica. Saquearon los poblados de los indios pueblo (herederos de los anasazis) y, después de que los españoles fundaran los mercados de esclavos, pusieron a la venta a sus prisioneros; de los indios

pueblo aprendieron a cultivar la tierra y de los españoles, a criar ovejas y caballos. En la actualidad, estos pueblos son el navajo y el grupo apache.

El sector occidental del Sudoeste estuvo habitado por individuos que hablaban lenguas de la familia yuma, incluidos los mojave, que vivían en la parte baja del río Colorado en pequeños poblados de chozas cercanos a los campos pantanosos de cultivo, y los solitarios havasupai, pueblo nómada que pasaba los meses de primavera y verano en el cañón Cataract, un ramal del Gran Cañón, y el otoño y el invierno en la meseta superior. Por ello sobrevivieron relativamente protegidos de las influencias culturales exteriores y consiguieron preservar su cultura indígena en mayor grado que cualquier otro pueblo del Sudoeste. Otros grupos pertenecientes a esta región cultural son los hopis de Arizona y la etnia tarahumara, que habita en el estado mexicano de Chihuahua.

En la fértil y ubérrima California habitaban numerosas tribus, clanes y poblados. Entre otras, destacaban las klamaths, modocs y yuroks en el noroeste; pomos, maidus, miwoks, patwins y wintuns en el centro, y las llamadas “tribus de las misiones” en el sur, cuyos nombres impuestos por los europeos (diegueños, luiseños, ignacianos, gabrielinos...) aluden a las misiones españolas que intentaban convertirlos al cristianismo. La misma abundancia de recursos dio como resultado un modo de vida muy similar en todos los grupos étnicos, pese a su diferente procedencia, lo que evitó muchas de las disputas intertribales frecuentes en otras regiones. Los pueblos nativos de esta región poseían culturas tan variadas como su entorno y, en cierto sentido, su historia estuvo determinada por la manera en que se adaptaron a su medio ambiente. Por ejemplo, los pomos utilizaban los secoyas gigantes para construir sus casas, en forma de tipi. Hacia el año 8000 a.C. se desarrolló una forma de vida arcaica basada en la caza de ciervos, la pesca, la caza con red de

aves migratorias y la recolección de piñas y semillas silvestres, que perduró sin grandes cambios hasta 1850, con la llegada masiva de buscadores de oro y colonos de todo el mundo. Los poblados eran sencillos, formados por chozas, que durante los meses más cálidos apenas se cubrían. La tecnología agrícola era muy compleja y la cestería alcanzó el grado de auténtico arte. En la costa de California, las gentes pescaban y cazaban morsas, delfines y otros mamíferos acuáticos. La riqueza de recursos fomentó un comercio muy reglamentado, que utilizaba las conchas de mar o cauris como *moneda* de cambio. Su contacto entre nativos y europeos no fue pleno hasta el siglo XVIII, cuando los españoles se establecieron de modo permanente.

Otra área cultural diferenciada se localizaba en la costa Noroeste del Pacífico, desde Alaska hasta California, una estrecha franja de terreno rica en pesca, caza y tubérculos, cuyos recursos permitieron que se crearan grandes aldeas, con casas de madera de hasta 30 metros de diámetro, donde vivía cada familia con su jefe. El esquema básico de su vida apenas cambió y, a lo largo de los siglos, la artesanía en madera fue adquiriendo un alto grado de perfección. Con la llegada de los colonizadores se consolidó muy pronto el comercio, especialmente el intercambio de pieles y otros productos por utensilios y herramientas de metal y por baratijas. De aquellas tribus arcaicas derivaron las modernas chinook, salish, makah, tlingit, tsimshian, haida, kwakiutl y nutka.

También al oeste se hallaban los pobladores de la Meseta, región que comprende los bosques perennes y las montañas de Idaho, el este de Oregón y Washington, el oeste de Montana y la parte limítrofe de Canadá. Aquellos primeros indígenas se alimentaban de los salmones que abundaban en los ríos que bajaban de las montañas, así como de raíces y tubérculos de las praderas. A menudo secaban unos y otros y los almacenaban para la estación

invernal. Las aldeas estaban constituidas por casas redondas hundidas en la tierra para protegerse de los rigores del invierno y por chozas durante el verano. Su territorio era paso obligado de las tribus nómadas, con las que comerciaban e intercambiaban comida. Entre estos pueblos se incluyen los nez percés, walla-wallas, yakimas, umatillas, flatheads, spokanes, okanagones, cayuses y kutenais.

En cambio, la zona de la Gran Cuenca, inmediatamente inferior a la Meseta y que abarca gran parte de Nevada y algunos territorios de Utah, Oregón, Idaho, Wyoming y California, es un terreno montañoso y árido en el que la agricultura es muy pobre. El área tiene de inusual el hecho de que sus ríos no desaguan en el mar, sino que drenan el desierto. A causa de la latitud y la altitud, las temperaturas son extremas. La recolección de frutos silvestres, especialmente piñones y bellotas, así como las raíces de camasia, cebolla y junco, eran la base de la alimentación de los primeros pueblos allí establecidos. La caza escaseaba, pero con suerte se conseguían ciervos, berrendos y carneros americanos. Al ser tan escasa, los habitantes de estas zonas organizaban grandes cacerías cada cinco u ocho años, ritmo que permitía el repoblamiento natural. Los indios de esta zona, entre los que destacan los shoshonis, paiutes y utes, se caracterizaban por ser recolectores y nómadas, lo que favoreció que fueran fácilmente reducidos por los colonizadores.

Por su parte, la forma de vida por excelencia de las grandes praderas de las Llanuras Centrales, que se extienden, en el eje norte-sur, desde el centro de Canadá hasta la frontera de México, en el río Grande y, en el este-oeste, desde el valle del Mississippi, en el Medio Oeste, hasta las primeras estribaciones de las montañas Rocosas, era la caza del bisonte, lo que provocaba que la gran mayoría de sus pobladores fuesen nómadas. Los rasgos culturales de esos pueblos son los que hoy se toman como

“típicos” de todos los indios norteamericanos: largos tocados de plumas, tipis, pipa ceremonial, trajes de cuero, danzas de significación religiosa, insuperables prestaciones como jinetes...

En el Oeste norteamericano, las tribus nómadas arcaicas cazaban bisontes, muflones, ciervos y pájaros, aunque también recurrían a la pesca y, desde el año 8000 a. C., al cultivo de nueces y semillas. Las dificultades de supervivencia en un medio no demasiado generoso motivaron densidades de población muy bajas y una tendencia al nomadismo pues había que recorrer grandes distancias para poder conseguir todo lo que permitiría la supervivencia. La abundancia de caza (en el centro del continente vivían millones de bisontes, además de muchos otros animales) no suponía que fuera sencillo conseguirla y la agricultura era difícil en un clima seco en verano y muy frío en invierno. Pero, a pesar de todo, diversos grupos vivieron en esta región durante miles de años, con unos sistemas sociales y culturales totalmente adaptados al medio. Se sabe muy poco de estas sociedades debido a que su nomadismo hace difícil su estudio, por la escasez de restos materiales. Sus primeras evidencias arqueológicas son huellas de tipis y las llamadas “medicine wheels” (“ruedas medicinales”), cuya distribución por la parte norte (especialmente en Wyoming) evidencia asentamientos grandes y estables de viviendas plurifamiliares de una sociedad con un sistema de creencias desarrollado, antecedente del de las tribus que posteriormente ocuparon estos territorios. En general, los poblados eran simples, pero habían desarrollado técnicas de almacenamiento de alimentos muy sofisticadas. La mayoría de los pueblos de las Grandes Llanuras vivían como pequeños grupos nómadas que se desplazaban siguiendo a las manadas en busca de alimento y pieles.

Las evidencias arqueológicas muestran un largo periodo de sequía en toda Norteamérica durante el siglo XIII. A

partir de entonces, las grandes praderas empezaron a atraer a tribus de otras regiones, que llegaron a las llanuras en busca de mejores condiciones y acabaron mezclándose o acaparando el espacio de los primeros moradores. Pueblos de lengua algonquina bajaron desde el norte subártico y desde los Grandes Lagos. Los siux se desplazaron desde los grandes bosques del Nordeste; los athabascos, desde el norte; tribus de lengua shoshoni y kiowa, desde el oeste, y de lengua caddo, desde el sudeste. Pese a la diversidad de orígenes, la mayoría de ellas adoptaron un modo de vida similar. La conquista o conservación de los respectivos territorios de caza y el dominio de las cordilleras, lugares que proveían de hierbas medicinales y muchos otros productos que no se encontraban en los llanos, provocaban conflictos y rencillas que, en ocasiones, convirtieron a estas tribus en enemigas crónicas. El grupo que consiguió ocupar los principales y mejores territorios fue el de los lakotas o siux. Quienes más se opusieron fueron los crows. Otras tribus de la zona eran las arapajoes, assiniboinés (parientes y aliados de los lakotas) y shoshoni-bannocks, aliada de los crows. También destacaron los pies negros, cazadores de búfalos, como también lo eran los pawnis. Agrícolas eran, por ejemplo, mandan e hidatsa, que vivían en las márgenes del río Misuri y que eran conocidos por los comerciantes franceses como gros ventrés. Otras tribus, como los comanches, llegaron a las praderas mucho más tardíamente, hacia 1450. El de las Grandes Llanuras no era un mundo cerrado en que cada grupo viviera aislado del resto, sino más bien todo lo contrario. No había fronteras delimitadas, pero sí unos territorios de caza y unas alianzas intertribales.

LA VIDA COTIDIANA DE LOS INDIOS

La organización social variaba en complejidad y en formas según pueblos y momentos históricos, aunque

siempre condicionada por una serie de factores ambientales, como el clima, los recursos disponibles y la mayor o menor agresividad de los grupos vecinos. Por ejemplo, los pueblos que habitaban en regiones desérticas con escasos recursos naturales, vivían en pequeños grupos que se movían frecuentemente para encontrar fuentes de alimento, madera u otros materiales. El pequeño tamaño del grupo implicaba que no necesitaba un gobierno o una organización social demasiado estructurados, ni leyes estrictas, pero sí mucha flexibilidad para adaptarse mejor a las cambiantes circunstancias del entorno. A los nativos que vivían en áreas de recursos naturales abundantes, o en tierras fértiles, les bastaba con establecer poblados permanentes. Esa mayor concentración humana exigía una mayor y más compleja organización. Por ejemplo, las construcciones y las infraestructuras necesitaban disponer de una mayor y más especializada fuerza de trabajo y una minuciosa planificación. También tenía que ser más complejo el sistema de gobierno y toma de decisiones, así como las normas de conducta social y el reparto de funciones y tareas. Así, en el Noroeste, los indios desarrollaron una estratificación social importante, que era casi inexistente entre los navajos y demás pueblos de la zona árida de Norteamérica, para los que la familia nuclear era la única base de la sociedad.

En términos generales, cada comunidad estaba gobernada por un consejo, formado por representantes de cada una de las familias, bandas y clanes que se reconocían como hermanos. Por lo común, el consejo elegía a un hombre (raramente a una mujer) que actuaba como jefe y que, por tanto, tenía la voz decisiva y actuaba como principal portavoz a la hora de tratar con otros pueblos. En muchas regiones las familias se distribuían en clanes, que solían disponer comunitariamente de los recursos (terrenos agrícolas, pozos, cotos de caza y pesca...), que distribuían y asignaban según las necesidades de cada momento. En

consecuencia, la noción de propiedad privada era absolutamente extraña a los indios norteamericanos, que, llegado el momento, serían totalmente incapaces de comprender la mentalidad posesiva y egoísta de los blancos. El jefe era responsable del bien común. Dado que los indios no poseían (salvo contadísimas excepciones) leyes escritas, solo normas orales, todos los asuntos y litigios se sometían a deliberación y decisión en el consejo.

El principal rasgo de carácter común de todos los indios era su amor a la independencia, a la personal, pero también a la guardada celosamente por cada tribu, banda, clan, linaje e, incluso, familia. Si la situación lo requería, solían confederarse para la guerra ofensiva o defensiva bajo un jefe de guerra común (distinto del de paz, que seguía manteniendo sus funciones internas), asesorado por un consejo de ancianos. Aunque algunas de esas confederaciones perduraron siglos, como fue el caso de la Liga de los Iroqueses, la vida tribal se mantenía autónoma en todo lo no referente a las actividades guerreras y ningún estrato social o individuo estaba obligado a seguir la decisión general o mayoritaria.



En términos generales, cada comunidad india tradicional era gobernada por un consejo formado por representantes de cada una de las familias, bandas y clanes que la

formaban. Dado que, salvo excepciones, no poseían leyes escritas, todos los asuntos y litigios se sometían a deliberación y decisión en el consejo.

La familia era la mayor unidad social permanente para la mayoría de las tribus establecidas en la Gran Cuenca, el Ártico y la Baja California, lugares en que los recursos eran escasos; mientras que en casi todos los pueblos cazadores y recolectores lo era la banda, a la que cada familia podía asociarse o no. Durante la primavera y el verano, se reagrupaban en una banda; pero en las épocas frías se separaban en unidades más pequeñas. De hecho, muchas de las llamadas tribus no eran, en realidad, más que bandas de gran tamaño. Por ejemplo, los comanches, aunque compartían lengua, costumbres e identidad étnica, nunca se llegaron a organizar como una tribu compacta, sino que siempre se mantuvieron como un conjunto de bandas. En ausencia de un consejo tribal, el líder de la banda era un hombre que antes se hubiera distinguido en la guerra o como chamán. Él ordenaba las cacerías o los desplazamientos a un nuevo emplazamiento y, en general, tomaba, o sugería, las decisiones importantes que afectaban a todo el grupo, aunque no se involucraba en las disputas internas ni en las decisiones personales. El liderazgo era informal y se apoyaba más en el prestigio que en la autoridad.

Las auténticas tribus, no necesariamente mayores en tamaño, se solían organizar de un modo más rígido y complejo, y mostraban mucha mayor cohesión grupal. Por ejemplo, los indios de lengua yuma que vivían a lo largo del río Colorado se organizaban en tribus agrícolas de 2.000 a 3.000 miembros. Cada una de ellas tenía varios jefes (incluido uno de paz y otro de guerra) y un fuerte sentido tribal. Durante las etapas de guerra, todos se reunían para combatir. Sin embargo, en tiempos de paz, las tribus se volvían a desagregar en bandas. Tras el contacto con los